

A estas voces los ojos del joven escritor se enrojecieron, su mirada era fija, sus labios temblaban, su cabello se herizó y por entre los surcos que dejaban aquellos mechones enmarañados se abrieron paso en ese momento unas doce ó catorce inspiraciones que yo mismo vi agotarse á la entrada de la mollera, cederse el paso, hacerse mil cumplidos y entrarse una á una á su nueva habitacion, la cual removieron de tal suerte, que el inspirado joven extendió los brazos, apretó los dedos, y respirando con lentitud y con la fuerza de una ballena, acabó por gritar con una voz terrible, ¡A escribir! y echando á correr nos dejó sin despedida marchándose con su docena de inspiraciones en la cholla y su buena dosis de orgullo y de locura. Cuando

iba ya por el fin de la calle, y al tiempo que el buen papá D. Pánfilo se despedía de mi, oímos un grito espantoso que se comunicó con una rapidez eléctrica, y mil voces robustas clamaban á escribir; todos los transeúntes se habian inflamado al simple aspecto del hijo de D. Pánfilo; las plumas y el papel se agotaban en las tiendas de la cuadra y el ruido no cesaba. La voceria iba en aumento: el tumulto crecia y mi D. Pánfilo sintiéndose arrebatado por el frenesí popular, echó á correr gritando tambien ¡a escribir! y dejando abismado al pobre Anónimo que al oír tan espantables ruidos y como si viese un espectro, gritó á su vez con el acento del miedo é involuntariamente. ¡A escribir!!  
— ANÓNIMO.

GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

**DON DIEGO OSORIO ESCOBAR Y LLAMAS.**

Obispo de la Puebla. Vigésimocuarto virey de la Nueva-España. 1664.

1664.

El 29 de junio entró en el gobierno virey- El 15 de octubre dejó el puesto que vino á ocu-  
nal el obispo de la Puebla, sin que de su época par su sucesor.  
se refiera cosa notable sino su corta duracion.



Sicco Mexicano.



D. DIEGO OSORIO DE ESCOBAR Y LLAMAS  
24-Virey de la Nueva España.

# LOS TRES JUANES.

CUENTO ESCRITO CON TITULOS DE COMEDIAS.



IVIA Luisa en la calle de la Sombrereria (en Bilbao) con sus dos hermanas Paca y Mariquita; y aunque ninguna de ellas habia frecuentado *La Escuela de las coquetas*, *La Ambicion de ser pintado*, se vé precisado á decir para cortejadas, les hacia ser *Una de tantas* que nos pinta Breton en sus comedias. *La familia del boticario* que era su vecina, se componia tambien, sin contar el género femenino, de tres jóvenes que habian dado en la flaqueza de enamorarse de ellas; y como *Dios los cria y ellos se juntan*, las miradas fueron pagadas con miradas, *El desden con el desden* y los suspiros con suspiros, hasta que por último, cansados de pasar frente al balcón de *Las tres sultanas* mas de *Una noche toledana*, resolvieron hacer las saber por escrito *Los primeros amores* y honestos deseos que las consagraban.

El farmacéutico, que si no era *El hombre mas feo de Francia*, se puede asegurar que si de España, y habia logrado *Hacerse amar con peluca* (olvidando la leccion de *A la vejez viruelas*) de una joven de *Honra y provecho* con quien habia contraido segundo matrimonio, se vió obligado por ruegos de esta á ser *El destructor de su familia*; pues el *Amor de madre* de ella, no se estendia á los hijos de *El marido de dos mugeres*. Por lo mismo, para darla *Pruebas de amor conyugal*, espuso á sus hijos varones los deseos de su nueva muger; y siendo ellos para con su padre *El crisol de la lealtad*, se propusieron darle gusto en todo lo que apeteciera; y de acuerdo con él, abrazando el uno el arte de la pintura, en que era profesor, el otro la música etc... salieron á probar *La rueda de la fortuna*, poniendo *Bandera negra* á su madrastra; pero no sin haber manifestado antes á las vecinas de quien estaban enamorados, en las cartas tecnológicas que á continuacion

se hallan, *El plan de un drama* que anhclaban verificar con ellas.

Habiendo omitido el autor de este cuento el partido que tomó uno de los hermanos, y conociendo la diferencia que hay de *Lo vicio y lo pintado*, se vé precisado á decir para *Engañar con la verdad* al benigno lector, que el último no necesitó reflexionar el giro que debia tomar, pues hacia muchos años, á pesar de que repetia á cada instante *No mas mostrador*, que el comercio de ropa era su ocupacion; y como *Una ausencia* puede traer consigo *Las terribles consecuencias de un momento de error*, se apresuró á que Mariquita antes de *Partir á tiempo* leyera su carta, que si mal no me acuerdo, decia asi.

## CARTAS TECNOLOGICAS.

„Hermosa Mariquita: Parecerá increíble que á un *tendero* le puedan ocupar otros *calculos* que aquellos que le pueden dejar alguna *utilidad mercantil*; pero yo sirvo de *prueba* para deshacer este error: porque desde que vi por el ligero *velo* de la *mantilla* que cubria el hermoso rostro de V., la mirada penetrante de sus hechiceros ojos, conocí que era V. para mí el género mas apreciable y de un *valor* desconocido. Embebido, pues, con la imágen de V., mis *ventas* han bajado considerablemente, porque no atendiendo á los *marchantes* con aquella prontitud que forma las reglas del *comercio*, y despachando *paño por crea*, y *guantes por medias* etc., los *compradores* han desaparecido, y las *entradas en caja* han *paralizado* tambien.

Agréguese á esto, que ocupado en trazar y despachar varios *billetes* que intentaba *remittir* á V. declarándola mi fino amor, mis *libros de compras y ventas* que para mayor puntualidad llevaba por *partida doble*, se han visto

abandonados sin hacer en ellos el mas ligero apunte.

En virtud de lo espuesto, y para que este descuido no siga adelante y me acarreen una quelebra vergonzosa, me veo obligado, impelido por la pasion que me ha inspirado la hermostura de V., á suplicarla se digna sacarme del *compromiso* en que me hallo, por causa de mi amor, haciendo los dos una *compañía* que recupere mis *pérdidas*, porque mis *créditos* y *pagos* se mantengan en la plaza illesos.

No se me oculta que V. es una niña fina como el *cambray* y acostumbrada á engalanarse con las *sedas mas preciosas*, al paso que yo estoy tejido con la *ordinariez* de la *jerga*; pero todo se puede remediar si V., Mariquita, se propone *adelgazar los hilos toscos* de mi educacion, que no tiene otra recomendacion sino la de haber salido hasta hoy sin *avería* ninguna.

Espero con impaciencia la *ventilacion* de este interesante *negocio*; y la contestacion á esta ruego á V. me la *gire* inmediatamente, para que sepa si mi *letra* á la *vista* ha sido *aceptada* ó *respaldada*.

JUAN BAYETA.

#### EL PINTOR SE EXPLICO EN ESTOS TERMINOS.

„Incomparable Luisita: Desde que tuve la dicha de ver sus divinos ojos, la *imagen* de V. quedó *retratada* con *perfiles* indelebles en mi corazon. En vano los *pinceles* del célebre Rafael han pretendido trasladar al *lienzo* las *facciones* mas perfectas: el *modelo* de su inspiracion, estaba muy distante de reunir el *colorido* apacible y los bien combinados *contornos* que, á primera vista, se notan en el *original* de la *pintura* que yo adoro. Si, Luisita, V. es la mas bella *figura* que puede anhelar un artista que suspira por la perfecta *imitacion* al *natural*. Bien conozco la diferencia de gusto con que el *pintor* nos ha *delineado*, pues en V. el *blanco* y *carmin* han sido colocados con *maestria*, mientras á mí solo me ha *bosquejado* con *lapis* grosero. A V. le ha distinguido con *facciones* finas *pintadas* al *temple*, cuando yo solo he merecido algunos mal dirigidos *brochazos* y una *masculacion* tosca y *desproporcionada*.

Sin embargo, si V., Luisita, se digna aceptar mi desgraciado *busto* y lo reune con la *maravillosa miniatura* que idolatro, mi *paleta* y *pinceles* solo se ocuparán para *copiar* de V. las *divinas cejas* que la adornan, y V. será para mí el mas bello adorno de mi *galería* de *retratos*.

Nada tengo que decir á V. de mi conducta, pues nadie mejor que V. conoce los *toques* de mi *composicion*, y que si me caso será un hombre *dibujado*, un marido al *oleo*.

JUAN PINCEL Y PALETA.”

#### LA DEL MUSICO DECIA ASI.

„Francisquita: es V. la mas perfecta *composicion* que ha salido de manos del Criador. La mas admirable *armonia* se *nota* en todas las *partes* que sirven de *diapason* á sus recomendables *virtudes*, y por lo mismo yo no he podido menos (al *recorrer* la *escala cromdica* que se encuentra desde las *semifusas* que adornan las plantas de V. hasta el *sol regrave* que resplandece sobre las *apoyaturas* que hermocean su rúbia cabellera); no he podido menos digo, que hacer un *calderon*, para admirar en *compas mayor* los *melodiosos tonos* que hacen á V. la *pauta* de la amabilidad.

Todo lo que acabo de decir, solo sirve de *preludio* á la *apertura* de mis pretensiones, que se reducen á querer reunir los buenos *sonidos* que embellecen á V., con las cortas *producciones musicales* que poseo, para que de este modo, formando de ambos extremos un *duo* regular, nos sirva de *tema* á los *valses* y *contradanzas* que ambos podamos dar á luz.

Resuélvase V., pues, Francisquita, teniendo presente, que en todos los *registros* de mi vida, no hay un solo *puntillo*, ni una sola *aspiracion* de *corchea* que la hayan sacado del *tres por cuatro* que es el *compas* que está al principio de la *flave*; y que para amar á V. olvidaré todos los *compases* de *allegretto*, para ser un marido *recitado* ó si V. quiero *semibreve*.

JUAN DE LA SEMICORCHEA.

Ni los divertí poco la originalidad de estas tres cartas á Luisita y sus hermanas; pero como *Hombre pobre todo es trazas*, y las niñas no habian estudiado *filosofía*, *Cada cual con su razon* concertó que, *Una muger del siglo diez y nueve* no debia preferir un *Contigo pan y cebolla* á *Tanto vales cuanto tienes*, por lo que pondieron á los pretendientes que, *A ninguna de las tres* les parecia bien acceder á los deseos que manifestaban, porque ninguno de ellos era *Unocio á pedir de boca*.

No sé si la *Lisonja* á todos que ellas demostraban sin decidirse por ninguno de los muchos que las pretendian, ó si el haberse revestido los desventurados amantes de un apellido adecuado á la profesion que ejercian, quedándose *¡Sin nombre!* verdadero, fué la causa de

la repulsa que recibieron: lo cierto es, que ellos se retiraron los *Tres huérfanos*, habiendo alcanzado con el desprecio de aquellas jóvenes volubles *Ganar perdiendo*.

NICETO DE ZAMACOIS.

## MEDIO SEGURO DE PASAR PLAZA DE LITERATO.

La ignorancia se admira siempre á sí misma.

BOILEAU.



RECISO es convenir en que la literatura tiene hoy un aspecto terrible, porque no se puede dar un solo paso sin encontrarse con algunos autores célebres ensalzados en ciertas academias privadas, y preconizados en los periódicos, cuál por sus versos, cuál por su prosa, quien por la profundidad de los pensamientos, quien por la elegancia del estilo. De suerte que ya no hay dioses desconocidos, pues todos tienen sus altares, sus sacerdotes y sus adoradores.

Pero, ¿en qué consiste (me dirán algunos) que abunden los grandes hombres y escasee tanto el verdadero ingenio? ¿de dónde nace que haya multitud de escritores afamados y tan pocas obras de mérito, de dónde esa magnificencia aparente y esa miseria real? Este es un arcano, y no deja de haber peligro en penetrarlo.

Mas en breve sabrán, los que tal preguntan, que hay un medio infalible de pasar por literato, un arte que nada tiene que ver con el mérito del escritor, y si bien es cierto que no es nuevo, pero en nuestros días ha llegado á su perfeccion.

¿Qué locura la de aquellos que para adquirir fama en la república de las letras, cultivan su entendimiento, esperan para escribir á que su juicio esté maduro, y dejan á sus producciones el cuidado de recomendarse ellas mismas con el público! Estos tales, no obtendrán en recompensa por su trabajo, sino tardias muestras

de un aprecio estéril y aisladas pruebas de aprobacion de los hombres ilustrados. Menos talento y mas astucia, menos vigor y mas arte, ved ahí lo que dá nombre, lo que nos grangea hoy alto concepto.

Por eso se han convencido nuestros autores, de que es mas fácil conseguir que tenga salida y aceptacion una obra chabacana, que componer una buena; y de que como la posteridad se hace esperar demasiado, seria un candor imperdonable pensar en ella, ya que probablemente tampoco ella pensará en sus mercedes.

Así es, que ansiano por gozar pronto, se proponen constituir un censo vitalicio con su ingenio, esto es, ponerlo á réditos por el tiempo de su vida perdiendo el capital. Hé aquí la causa, de que solo se afanan por lo presente, de que borroncan tanto papel y dejan sus obras imperfectas y toscas; pero saben, sin embargo, hacer pasar sus mamarrachos por unos portentos del ingenio. Uno sin pararse en pelillos se adjudica él mismo el lauro; de suerte, que hace de Dios y de pontífice, celebra su apoteosis, y es uno de los idolatras. Pero otro, mas astuto, pone en agena mano el incensario, y aparenta recibir con repugnancia las adoraciones que le tributan.

Poco cuidado se les dá á entrambos del juicio que la posteridad forme de su mérito: que están ya canonizados en vida, y esto llena sus modestos deseos. Lo diré de una vez, como una gloria duradera es fruto de un trabajo

dilatado é improbo; prefieren una celebridad precoz, imágen de aquellos frutos que á despocho de la naturaleza se logran en fuerza del calor artificial.

¿Y cuáles son los medios de adquirir esa celebridad?

Los banquetes: estos ejercen en las reputaciones literarias un influjo tan grande, tan palpable y reconocido de todo el mundo, que me admiro de que no aspiren á la fama de literatos todos cuantos tienen buena mesa. Les sería muy fácil, ciertamente, encontrar panegiristas aduladores, porque la lisonja va siempre en busca del que la paga á letra vista. Estos generosos Anfitriones no necesitan tener ingenio ni talento, porque sus buenos cocineros pueden suplir aquella falta, y la abundancia de manjares y vinos delicados sería un garante seguro de la bondad de sus escritos.

Pero si algunos, por no perder el tiempo, quieren mejor hacer cálculos que escribir, no es este un obstáculo; porque habrá quien escriba y piense á nombre de ellos, quien los llene de gloria á trueque de su dinero. Son, pues, dignos del mayor elogio, si acaso se contentan con el papel de Mecenas, y no quieren representar el de Horacio ó de Virgilio, que á la verdad no les saldría mas caro.

No fallará quien me tache de exagerado; pero ciertamente quedaria confundido, si llegásemos á la prueba y les arrancara yo á mas de cuatro la máscara. Entonces se veria, que tal autor no debe su crédito sino á una mesa bien provista y siempre franca: que otro cuyas obras no son mas de sus hijas adoptivas ha hecho que las elogien los periódicos.

¿Y qué diremos de los que ocultando su incapacidad bajo el velo del orgullo, fingien tener como á deshonra el renombre de autor, y que nos amenazan con no dejar jamas que vean la luz pública los frutos clandestinos de sus oídos? ¿No vemos como se presta la adulación á los cálculos de su necia vanidad, atribuyéndoles multitud de obras imaginarias, y suponiendo en ellos talentos que no tienen, cuando se han olvidado de aprender siquiera la ortografía?

Puesto que de tantos modos se hace tráfico con las reputaciones literarias, debemos esperar que dentro de poco se vendrán en el mercado; entonces se les fijará precio como á cualquier otra mercancia, y sabremos por lo menos á qué atendernos, y cuánto ha de costar á cada uno hacerse celebre.

Dichoso, pues, una y mil veces feliz el escritor que merece á Pluton una halagüeña mira-

da, pues no tiene que correr en pos de la celebridad; antes bien le saldrá esta al encuentro, y cada paso de ese hombre afortunado hará brotar laureles que lo engrandezcan todavía mas si se abajare para recogerlos.

Las riquezas, pues, como hemos visto, ejercen su poder hasta en el templo de la sabiduría. Pero es de advertir, que lo que el oro hace por unos, lo ejecuta la intriga en favor de otros. Hay ciertos protectores sin títulos, algunos Mecenas que, de propia autoridad y mas bien por darse importancia que por gusto, se constituyen jueces en un arte cuyos primeros rudimentos ignoran. Sus salones son otras tantas academias, donde se agrupa la mediocridad para sobreponerse al talento, que, como mas noble y grave, se empeña en labrar su suerte por sí mismo. Allí se forman esas hermandades ó asociaciones literarias cuyos miembros juran defenderse recíprocamente contra todo el mundo, y combinan sus esfuerzos para echar al suelo las puertas del templo de la fama. Allí se encuentra un auditorio siempre benévolo, que se arroba en éxtasis al escuchar las mas soporíferas producciones, que atribuye al pulso el canto melodioso del cisne y á la avutarda el vuelo sublime del águila. La obra que es aprobada en estos garitos de la gloria literaria, puede contar con que tendrá salida; porque los cofrades la recomendarán mucho tiempo antes de su impresion, y despues de hecha la pondrán los periódicos en las nubes.

¿Y si el público quisiera reprobarla? Nada importa: entonces se le dice en buenos términos que se ocupe en sus negocios, que es lo que le importa, y no se meta á revocar una sentencia pronunciada por jueces mas competentes que él. Pero este caso es muy remoto, porque el público es á menudo el juguete de estos intrusos menores; y á fuerza de oídos, que Psa-phion, por ejemplo, es un Dios, lo cree firmemente y se prosterna. Esto le parece mas fácil y comodo, que leer las obras maestras de tan encumbrados ingenios; bien que si va á decir verdad, léatas ó no, siempre le probarán que son inimitables. Cuántas veces no han podido salir de la primera edicion, y sin embargo, se tira la segunda cuando menosse esperaba! Porque siempre nos formamos idea muy ventajosa de un libro que ha sido reimpresso. Semejante medio es costoso, no hay duda; pero ¿qué sacrificio es caro, cuando el premio debe ser una gloria tan pura y tan decorosamente adquirida?

Con todo, esto no basta; para obtenerla es

menester que pongais vuestras obras bajo la proteccion de esos patronos de la literatura, de las sacerdotisas jubiladas de Venus, que desde el momento en que el amor las desterro de sus dominios se refugiaron á las avenidas del Parnaso. Procurad, pues, introducirlos en casa de Cydalisa, y encarecer la delicadeza de su gusto y la importancia de su voto: ni publicuéis un solo verso sin haberlo consultado de antemano. He ahí los homenajes que ella ambiciona al presente; pues aunque recibia otros mas agradables, las costumbres se mudan con los tiempos; y como ya se marchitó su hermosura, quiero pasar hoy por persona de talento para que no se olviden de ella enteramente. A este fin, y con el de no ser presa del fastidio, reuned en su casa á varios literatos; pues aunque no es infalible esta receta, se la aplica á falta de otra mas eficaz.

Poneos, pues, en manos de esta incansable y lenguaraz corredora de reputaciones, y ya vereis cuanto ardor desplega en sus academias, para poner en las nubes vuestro escaso talento y rebajar el mérito de cualquier otro escritor. No desconfiéis, pues, de llevaros la palma una vez que el amor propio de una mujer se halle interesado en vuestro favor.

Allanado así el camino, tomad el pulso á los envejecidos miembros de la academia de la lengua, calculad los años que dormirán todavía en sus sillars, é irritaos contra aquellos cuyo robusto temperamento resiste á toda suerte de ataques, y que parece burlarse de las indigestiones.

Acaso se creará que estos malignos viejos se complacen en mortificar á los pobres aspirantes que desean con tanto ahinco sucederles; pero la muerte, que á nadie perdona, suele á

veces acordarse de alguno de estos académicos: entonces, no hay que perder un solo instante; volad, acudid á vuestros amigos, implorad el auxilio de vuestros protectores, moved todos los resortes, llamad á todas las puertas. Si vuestros rivales están adornados de títulos brillantes, buscad el modo de desconcertarlos en el ánimo de sus jueces; en fin, no hay que omitir hazañas de ninguna especie, porque para subir es menester arrastrarse.

Ni perdais la esperanza aunque la fortuna os sea contraria, porque los mismos desaires y repulsas sufridos con resignacion, son otros tantos títulos muy académicos; y al fin llegará el día en que se os tome en cuenta esa perseverancia; por la cual alcanzareis lo que el mérito no podrá alcanzar: os darán de limosna el sillón, y seréis en fin académico por caridad.

Como en ninguna materia puede saberse todo, ni todo puede decirse, es indubitabile, que fuera de los medios susodichos, habrá otros muchos para alcanzar celebridad. Yo los ignoro; y por lo mismo, á los literatos que se hayan servido de ellos, les toca darlos á conocer; mas me temo que el egoísmo les hará ocultar su secreto.

Pero por mas feliz que sea el éxito de estas batallas arterias, no debe desalentarse el escritor dotado de verdadero ingenio, y que no quiera ser vencedor á otro de su fama. El crédito faccioso, fruto solo de la astucia, no es muy duradero; el tiempo, ese juez incorruptible, tarde ó temprano frustra los proyectos de la necia vanidad: pide estrecha cuenta de la gloria usurpada, y echa por tierra los altares que la intriga habia erigido á la mediocridad.

CONJUNT.— Traducido para el Liceo.

Y otros obispos miembros de la academia de la lengua, calculad los años que dormirán todavía en sus sillars, é irritaos contra aquellos cuyo robusto temperamento resiste á toda suerte de ataques, y que parece burlarse de las indigestiones. Acaso se creará que estos malignos viejos se complacen en mortificar á los pobres aspirantes que desean con tanto ahinco sucederles; pero la muerte, que á nadie perdona, suele á veces acordarse de alguno de estos académicos: entonces, no hay que perder un solo instante; volad, acudid á vuestros amigos, implorad el auxilio de vuestros protectores, moved todos los resortes, llamad á todas las puertas. Si vuestros rivales están adornados de títulos brillantes, buscad el modo de desconcertarlos en el ánimo de sus jueces; en fin, no hay que omitir hazañas de ninguna especie, porque para subir es menester arrastrarse. Ni perdais la esperanza aunque la fortuna os sea contraria, porque los mismos desaires y repulsas sufridos con resignacion, son otros tantos títulos muy académicos; y al fin llegará el día en que se os tome en cuenta esa perseverancia; por la cual alcanzareis lo que el mérito no podrá alcanzar: os darán de limosna el sillón, y seréis en fin académico por caridad. Como en ninguna materia puede saberse todo, ni todo puede decirse, es indubitabile, que fuera de los medios susodichos, habrá otros muchos para alcanzar celebridad. Yo los ignoro; y por lo mismo, á los literatos que se hayan servido de ellos, les toca darlos á conocer; mas me temo que el egoísmo les hará ocultar su secreto. Pero por mas feliz que sea el éxito de estas batallas arterias, no debe desalentarse el escritor dotado de verdadero ingenio, y que no quiera ser vencedor á otro de su fama. El crédito faccioso, fruto solo de la astucia, no es muy duradero; el tiempo, ese juez incorruptible, tarde ó temprano frustra los proyectos de la necia vanidad: pide estrecha cuenta de la gloria usurpada, y echa por tierra los altares que la intriga habia erigido á la mediocridad.

## APUNTES

# PARA LA HISTORIA DE LA FLORIDA.



UEGO vuelto Hernando Soto del Perú, solicitó del emperador Carlos V la conquista de la Florida, llamada de esta manera por haber sido descubierta en el día de pascua florida. Ya antes de Soto habían muchos tenido igual pretensión sin alcanzar nada del soberano. Este que confiaba en el valor y pericia de Hernando, no dudó un punto en darle lo que pretendía, y algo más, pues le dió dinero para llevar á cabo su empresa, mandó que le fuesen aprestados los buques que pidiese, y le hizo por último gobernador de la isla de Cuba.

Hernando, sea porque esperase una buena fortuna en el descubrimiento y conquista que emprendió, sea solo por ganar la misma que Cortés, á quien intentaba igualar y cuyo estímulo le animaba, empleó todo su dinero cuanto del Perú había llevado á la Península, en la nueva expedición. Este hecho que al parecer nada tenía de extraño, influyó mucho en la empresa y vino á darle un impulso verdaderamente grande. Todos cuantos en el Perú se habían hallado, imitaron la conducta de Soto y como él sacrificaron las riquezas que poseían, y así de este modo en poco tiempo se hallaban reunidos en San Lúcas de Barraemda, lugar destinado para la partida, novecientos hombres que se embarcaron en nueve navios.

Antes de Soto, poco tiempo hacía, emprendieron unos religiosos reducir á los indios florentinos por la predicación evangélica, creyendo más seguro y fácil esto que el uso para tal caso de las armas. En efecto, dispusieron su partida y entraron con buen éxito en aquellas tierras dando principio á su misión, mas apenas hubieron comenzado y sospechando los indigenas que se les urdía alguna trama ó sin sospechar cosa alguna, enemigos como eran de-

clarados de la raza que los había perseguido, les dieron muerte á todos los religiosos que eran muchos los que allí habían ido. Con esto ya no se pensó en otra expedición semejante sino en una fuerte; mas como hemos dicho, hasta Hernando Soto ninguno había alcanzado la gracia de llevarla á cabo de cuantos la habían solicitado del soberano, y los que sin ella lo habían hecho ó querido hacer, habían visto sus esperanzas siempre burladas.

Partió, pues, Soto, con vientos varios en nueve navios, algunas de las cuales iban destinadas á la Nueva-España; mas todas ellas sujetas á Hernando que las mandaba, hasta la isla de Cuba donde debían separarse. Grandes contratiempos sufrió la armada en el viaje, hijos de las desavenencias suscitadas entre los gefes que á cada momento se descomponían por altercados ligeros que entre ellos pasaban. Desde Cuba fué ya más feliz la navegación, caminando ya solo Soto con los suyos; allí engrosó sus filas é hizo más temible su expedición. Cuando al fin arribó á las costas de la Florida no desembarcó luego en ellas, sino hasta hallarse seguro en sus medidas para afianzar un buen éxito.

En efecto, desembarcaron los expedicionarios, y bien ordenados caminaron un buen trecho internándose largo espacio en aquellas regiones. Encuentros diversos y muy repetidos tuvieron con los indigenas, descalabros recios padecieron é hicieron padecer á sus adversarios, ataques más ó menos felices resistieron, y el resultado de su empresa no fué, si bien más avanzado y menos temerario, mejor que el de los expedicionarios que antes de estos habían venido. Pasados algunos meses terminó la expedición desesperados los que la componían de alcanzar el fin de sus tareas y obtener el premio de sus afanes. Habían sacrificado to-

dos los tesoros que el Perú les dió juzgando ganar con usura en la Florida; Soto, singularmente, á quien si no la esperanza del tesoro al menos la de ganar honra y prez, le hizo emplear su inmensa fortuna en la empresa. Pero era árdua aunque nadie la había creído tanto y estaba reservada al tiempo posterior: así que, solo pudo gloriarse Hernando de haberla llevado hasta donde ninguno lo había hecho hasta entonces, pero su gloria no por eso llegó á igualar como quería á la de Cortés.

Hernando Soto, pues, abandonó su empresa desconfiando de poderle dar un feliz fin, si bien alguno asegura que si no la terminó fué solo efecto de haber perdido la gente que le acompañaba, más no porque él desesperase de su intento. Algunos otros acometieron aun después la misma empresa, pero sus expediciones fueron tan insignificantes que apenas merecen mencionarse; así que, la historia no recuerda sus hazañas. Las largas y continuas vicisitudes á que la Florida ha estado expuesta y que constantemente ha sufrido, son tales, que acerca de ellas habría mucho que decir, es materia muy vasta para circunscribirla á límites estrechos, quizá adelante diremos algo de ellas, mas ahora contentémonos con enunciar que poco á poco al fin fué sometiéndose al yugo extranjero, que la vecindad de países conquistados por ingleses y franceses, las tribus bárbaras que no sujetó el gobierno español la hicieron sufrir diferentes alternativas y hacían estremezcar á sus habitantes por el furor de la guerra que incessantemente los amenazaba.

Este país, pues, para cuya conquista fueron

necesarios muchos años, grandes esfuerzos, la muerte de ininidad de guerreros y de intrépidos caudillos, y consumir además gran porción de dinero, vino después de cerca de tres siglos á ser del despota de los despotas, de que subyugó la Europa entera y privó á su patria de la libertad. Este mismo país es el que ahora con el propio nombre forma uno de los estados de nuestra colosal vecina la república de Norte América.

## SONETO.

Partes ¡oh Laura! La volante rueda  
El surco traza en el arena fría;  
Y cuanto corre mas, mas le desvia  
Del triste amante que en ausencia queda.

No el tiempo, edad, ni la distancia pueda  
A nuestro ardiente amor torcer la via:  
Aunque al roce continuo de onda limpia  
La roca, orillas del torrente, ceda.

No! que el humano orgullo, el cielo mismo  
En vano á dividimos conspiraran  
Con barrera social ú horrible abismo!

Si tal vez nuestras almas se separan  
Es para amarse más; y en un momento  
Salva tiempo y distancia el pensamiento.

C. C.



LA VISION  
DE  
**MOCTEZUMA.**

**LEYENDA.**

Señores Don Antonio y Don Luis Martinez de Castro.  
Casa de vdes. Marzo 3. — 1842.

En un libro manuscrito que cayó en mis manos hace poco, había, entre varias leyendas, la que á continuación copio. Una nota decía que era traduccion del mexicano, y que el original estaba en verso y prosa como la version. Yo no creo esta, y sí que es obra de dos manos, y aun de tres, pues los epigramas, como fácilmente se vé, han sido puestos de pocos años á esta parte. Algunos amigos míos creen que la leyenda, sin epígrafe ninguno, fué escrita hace lo menos un siglo por un hombre solo, el cual, dicen ellos, no debía de tener los sesos muy en su lugar.—Como quiera que sea, en muestra de cariño, y mas bien como una antigüalla que como obra de poesia, dignense vdes. admitirla, así como el afecto de su sincero amigo.

*Ygnacio Rodriguez Galván.*



LA

**Vision de Moctezuma.**



**LEYENDA.**

Hay un imperio que gastado cae  
que harán polvo los cascos del brido  
S. Bermúdez de Castro.

**PASO PRIMERO.**

**EL TRIBUTO.**

I Francini.—Fuggiamol  
Manzoni.

**E**L sol declina á occidente.  
entre nubes de carmin,  
y en el lejano confin  
alumbra pálidamente.

La faz de la tierra viste  
pardo ropaje de duelo:  
triste está el desierto cielo,  
triste el monte, el valle triste.

Y al mejicano abatido  
mina el alma la tristeza,  
é inclinada la cabeza  
comprime un ronco gemido.

Ni da á entender su dolor,  
ni al cielo un suspiro manda,  
que sangre su dios demanda  
y sangre el emperador.

Orillas de la ciudad  
hay una humilde cabaña:  
fachada tosca y estraña,  
en ruinas ya por la edad.

Sentada á su puerta está  
una muger indigente:  
los años rugan su frente,  
sus ojos se apagan ya.

Sus miembros mal encubiertos  
por harapos destrozados;

y sus brazos, descarnados,  
desnudos, secos y yertos.

En viva meditacion  
sumergida está su idea;  
y contra el pecho golpea  
su ya tibio corazon.

Del indio á la dura suerte  
busca en su mente remedio;  
y conoce que no hay medio  
entre el tirano y la muerte.

Moctezuma es solo dueño  
de cuanto México encierra:  
suya la vida, la tierra  
y hasta el grano mas pequeño.

La vieja en tanto sufrir  
vencida es por el dolor;  
y sus labios sin color  
profieren: „¡Morir! ¡morir!”

Oyese el remo liviano  
de una canoa sonar.  
¿Cómo poderlo dudar?  
¡Son esbirros del tirano!

„¡Teyolia! ¡Teyolia!—llega  
de esclavos cuadrilla impial  
Ven! huyamos, hija mía!”  
Dice la muger, y ciega

Por el temor, se levanta,  
y va á correr—tarde es ya!  
cerca la cuadrilla está...  
Se yela su tosca planta.

Su faz se cubre de luto;  
hablar quiere y enmudece;  
y solo á señas parece  
decir: „¿Qué queréis?“—„Tributo.“

—„¿Tributo en tal indigencia!  
Soy una infeliz muger.“

—„Nada tenemos que ver.“

—„¡Clemencia, señor, clemencia!“

—„Neliztili, el tributo danos,  
ó morir será tu suerte.“

—„¡Ah, señor!“—„Tributo ó muerte.“  
„¡Perdon!“—„¡El tributo! ¡vamos!“

Prostrada la vi-ja está,  
y se retuerce las manos,  
y gime—gemidos vanos!  
pues nada conseguira.

Oye injuria tras de injuria,  
y siente un golpe de muerte,  
y sangre á raudales vierte,  
y es arrastrada con furia.

Pero á sus gritos agudos  
nadie viene á socorrerla.  
Los hombres pasan, al verla,  
medrosos, rápidos, mudos.

„¡Teyolia! muero á la saña  
desta cuadrilla feroz.“  
„¡Madre!“ responde una voz  
del fondo de la cabaña.

## PASO SEGUNDO.

### EL EMPERADOR.

Esclavos, padeced!  
*S. Bermúdez de Castro.*

Teyolia aparece luego  
de la cabaña á la puerta,  
y á la furiosa cuadrilla  
se precipita violenta.

—Ligero talle tenía,  
cintura airosa y esvelta,  
grandes y vivaces ojos,  
faz entre blanca y morena.

Sobre su desnuda espalda  
y su seno de doncella  
vagaba suelta y sin orden  
la su negra cabellera.

Graciosos eran sus labios,  
su frente elevada y tersa;  
y en su mirar humilde  
se pintaba su modestia.

Mas en su faz se veia  
extraña y confusa mezcla  
de lánguido enrojecimiento  
y de elevada altiveza.

Que mostraban que sentia  
el peso de su miseria  
y el valor que da á las almas  
la virtud y la inocencia:

Su cuerpo á medias cubria  
vestido de burda tela,  
bordado con anchas plumas  
y conchas y azules piedras:—

De piedras los brazaletes,  
y de piedras las pulseras;  
y con el viento ondeaban  
dos plumas en su cabeza.

—Esta beldad merecia  
vivir en rica opulencia,  
que verla tan infelice  
daba compasion y pena.

Mas la fortuna traidora  
prodiga al necio riquezas,  
y al mérito lo sepulta  
en abandono y miseria.

Atónitos los sayones  
la ven salir á la puerta,  
y dudan si es ente humano  
ó vision celeste y bella.

La jóven rápida corre,  
alza del suelo á la vieja,  
y „Vamos de aqui!“ le grita  
con fuerte voz y resuelta.

Pero vueltos de su pasmo  
los hombres, las atropellan,  
y con la anciana y la jóven  
dan furibundos en tierra.

Las infelices al viento  
lanzan penetrantes quejas,  
y su furia los verdugos  
mas y mas en ellas ceban.—

Barbarie digna de brutos!  
de brutos maldad horrenda!  
¿Por qué los hombres á veces  
iguales son á las bestias?

Oyese música dulce  
y armoniosa cantilena,  
y los remos, que las aguas  
y las canoas golpean.

Tal música y tales cantos  
contrastan con esta escena:  
así junto á nube oscura  
cintila brillante estrella.

Surcan las movibles aguas  
varias canoas ligeras,  
de flores, plumas y pieles  
y pabellones cubiertas

Una mas grande, adornada  
con mas esmero y riqueza,  
en medio viene, cargado  
de mugeres turba inmensa.

Tocan unas, cantan otras,  
y las mas la planta bella  
mueven en danza festiva  
con mil mudanzas y muecas.

El corazon, al mirarias,  
palpita de amor, se alegra,  
y en una mar de ilusiones  
inquieta el alma navega.

Mas no así el hombre que solo,  
en medio á tanta belleza,  
recostado en almohadones  
cavila en tristes ideas.

Indiferente parece  
á la cortesana fiesta,  
y sus amarillos ojos  
pesadamente se cierran.

Su semblante palidece,  
y luego una mano aprieta,  
y trabajado respiro  
de su pecho sale y entra.

¿Y qué es lo que allá en su mente  
le mortifica y aqueja?  
Ni él lo sabe.—En su alma habitan  
tedio, cansancio, indolencia.

Es su existir como la hora  
de la tarde soñolienta  
en que se estienen las sombras  
por la entristecida esfera;

Y que en reedor pardos bullos  
alcanza la vista apenas,  
y visiones pavorosas  
al corazon amedrentan.

—  
Si muero con el yelo  
la rozagante flor.

jamás, hijo del cielo,  
sombra alguna recibas  
tu brillante escudador.

¡Viva!  
¡Viva el emperador!

Tú, que eres rey de reyes,  
absorbes nuestro amor.  
En tí, que das las leyes,  
de la natura estrilla  
el lozano verdor.

¡Viva!  
¡Viva el emperador!

Tal es el bárbaro canto  
de adulation y bajeza  
con que al tirano monarca  
divierte la turba aquella.

Los sonidos armoniosos  
á hondos gemidos se mezclan,  
y la extraña consonancia  
volando al monarca llega.

—„¿Quién dá esos gritos?“ pregunta.  
—„Vienen, gran señor, de tierra.“  
—„Boguen allí las canoas.“  
Y hogan allá violentas.

—  
Espectáculo inhumano  
al monarca se presenta,  
espectáculo que á un tigre,  
á un mármol enterneciera.

Pero no así á Moctezuma;  
el cual dice en voz bien recia:  
„La jóven á mi palacio;  
„dejad en paz á la vieja.“

Sigue el séquito su curso,  
y continúa la fiesta.  
Por los sayones infames  
se ejecuta la sentencia.

Teyolia en una canoa  
entristecida navega;  
y la anciana desdichada  
en tierra llorando queda.

Ya se mesa entre lamentos  
la nevada cabellera,  
ya tiende á su hija los brazos  
y da con los pies en tierra.

„Oh rey! oh rey!“ ronca exclama.  
Como loca se pasea,  
y al cabo „¡Teyolia!“ grita,  
y al lago salta resuelta.

Flota por unos momentos

en convulsiones horrendas, se sumerge y reaparece, y las olas se la llevan.

### PASO TERCERO.

#### TRANSFORMACION.

En su belleza descubro  
Un esqueleto.

CALEDON.—*El magico prodigioso.*

Regio salon preséntase á mi vista, cubierto de oro el techo y pavimento; en las paredes de bruñidas piedras, plumas, y conchas, y pintados lienzo.

Un hombre allá en el fondo se divisa, de triste faz, meditabundo aspecto, reposando asentado, y la cabeza casi cargada en el desnudo pecho.

Tan divagado está, tan sumergido en la alterada mar del pensamiento, que no escucha el crugir de puerta que abren, ni ve que entra Teyolia á paso lento.

Se detiene la jóven.—Su semblante, por el temor, desecajado y muerto, trémulo el pie, los ojos espantados, las manos recogidas sobre el seno.

Desgreñada la negra cabellera, el labio tembloroso y entreabierto, dejando paso al lánguido respiro que se desliza del llagado pecho.

Alza la vista el rey por aventura, y la descubre, y la examina atento. Treme Teyolia, de rodillas cae en actitud de súplica y de miedo.

Y se levanta el rey, y la acaricia, y lleno de bondad, la presta aliento, y algo descubre en ella que le encanta, y le deleita; y le arrebató al cielo.

„Cese ya tu temor. Fortuna y dicha esperándote están en el imperio.“ Dice el monarca con meloso tono; mas la jóven no rompe su silencio.

„Perdida tú en el mar de la existencia, abandonada flor en el desierto, solo has visto la noche de la vida: ya te espera la luz—yo te la ofrezco.“

„Mil bellezas envidian del monarca una caricia, una palabra al menos, yo el corazón te doy, te doy la vida, yo, de los dioses desterrado nieto.“

Por un mágico impulso retrocede Teyolia, y dice en lastimero acento: „Oh rey! rey infeliz!“—y por su rostro corre su llanto compasivo y tierno.

El monarca la sigue convulsivo, y la toma de un brazo;—y con horrendo alarido se aparta, que su mano siente el ardor de eucandecido hierro.

„¿Quién eres tú, pregunta, tú, que enciendes en mis venas de amor el vivo fuego, y que grato placer, y horror, y angustias me inspiras, y terror á un mismo tiempo?“

Da un gemido la jóven.—Como sombra se desvanee, y se la lleva el viento.

„Oh rey! ¡rey infeliz!“ su voz pronuncia; „Oh rey! ¡rey infeliz!“ repite el eco.

Vértigo horrible acomete al monarca; tiende los brazos buscando un apoyo; ciérranse sus ojos, vacila, cae; y solo da señales de vida por el ronco estertor de su pecho y la convulsa agitación de sus miembros.

Respira al cabo.—Siente en su corazón una mano de hielo, y en sus labios una áspera boca que intenta darle calor. Alzarse lánguidamente sus párpados, y ve hincada ante él una muger—la madre de Teyolia.

—„Te lanza la muerte por darme tormento!

Ahoyéntate sombra, y déjame en paz.“

—„Espera, monarca, espera un momento.“

Y horrible vozica contrajo su faz

—„Que quieres?—¿Llora?“—¿Qué quieres?“—Escucha.

—„Prestáronte acaso los dioses poder?“

—„¿Qué siento tu pecho?“—„Ardor, pena mucha.“

La vieja sonrío.—„Maldita muger!

### PASO CUARTO.

#### PANORAMA.

¡Ay del pueblo! . . .

Pensado.

—„Monarca, ¿cual fué tu destino al venir al mundo? . . . —¿Gozar?—¿Cual fué el destino de tu pueblo? . . . —¿Padecer?—Y los montes, los campos, el sol, la naturaleza toda ¿ha sido creada para tí? ¿nada para los demás?—Encerrado tú en tu palacio, cercado de mugeres hermosas, de esclavos, de opulencia, pensabas solo en el placer; y en tanto el pueblo empapaba las mices con su sudor y se arrastraba en la

miseria. Tú los oprimías, tú regabas la tierra con su sangre, tú eras sordo á su dolor, sordo á su mendicidad; y los hombres eran insectos que hollabas bajo tus pies, y tú no te curabas dello.—Un monarca es un padre de familia, si se convierte en verdugo, sus hijos le matarán: si no sus hijos, el cielo!—Tu hora llegó—aguardante ya desesperacion y muerte.—Fuiste roca á los gemidos de tu pueblo: tus gemidos se perderán en el viento;—fuiste insensible á su llanto: tu llanto correrá, y correrá en vano;—encadenaste á tus subditos: pesadas cadenas ceñirán tus pies;—arrebataste sus hijas: verás las tuyas en extraño poder;—humillaste los hombres: te arrastrarán ante un aventurero;—derramas inocente sangre: tu sangre será hollada en tu palacio mismo, y tu cadáver rodará polvoroso por los salones que te han visto en brazos del deleite.—He aquí tu nuevo destino.—Tu hora llegó—aguardante ya desesperacion y muerte.“

El rey queria hablar, implorar perdón, arrodillarse, mas no podia.—Su sangre estaba suspendida, su cabeza era un alterado mar.

—„Mira,“ te dice la muger.

El monarca abre los ojos; y sorprendido ve que se halla, en la pendiente de una árida montaña; áridas montañas le cercan: ni animales, ni plantas crecen en aquel ingrato suelo; el viento gime en las grietas de las rocas; de cuando en cuando resuena el eco de un peñon que se derrumba, cual si fuera el martillo de la muerte que marca los instantes de la existencia; los rayos frios de un sol moribundo alumbran oblicuamente aquel lugar de maldición. A los pies del monarca está un abismo profundo, en cuyas paredes chorrea sangre negra que forma una pesada laguna, cuyas orillas están cubiertas: de huesos humanos, sobre ellos se arrastra un águila herida y sedienta: apaga su sed en la sangre—en horribles convulsiones espira—una ola la arrebató, y la lleva rodando por la superficie del lago, y la sumerge.—

La vieja rie; tiembla el monarca, y aparta la vista á otro lugar. Un valle—amarillentas colinas le cercan, oscuros lagos, tronchados árboles.—El viento gime con horrible monotonía; los rayos del sol se pierden en un amarillo cielo; una sola nube revolotea en el viento, como un buitre que se arroja sobre su presa.—El pueblo corre espantado—los esposos abandonan á sus esposas, los adultos á sus ancianos padres, las madres á sus hijuelos.—Todo es confusion, gemidos, desesperacion. . . Encima de un pelado cerro re-

tumba el estallido de un trueno, y luego lastima los oídos un zumbido extraño y despacífico como el chirrido de muchas aves nocturnas. . . Mugeres, ancianos y niños caen como heridos del rayo.—Y luego aparecen singulares gentes sobre animales fogosos y veloces; y estas gentes se lanzan sobre el pueblo; y el brillo de sus espadas se convierte á poco en rojo color. Y los animales pisan á los hombres aun no muertos, y á su peso las carnes y los huesos crujen deshechos con extraño rumor. . . Una de aquellas gentes trae por única arma un madero—es la imagen del suplicio en que pereció un hombre que trajo al mundo la caridad y la libertad—ahora es enseña de destruccion y de mantanza. . .

A tal espectáculo, la lágrima del infeliz quemó por vez primera el semblante de Moctezuma. El rostro de la vieja misma cubriose de tinieblas; y á su pesar, sus ojos cerráronse horrorizados.

Es la noche.—Por entre las roturas de una nube, despiden la luna rayos de pálida luz—el campo está cubierto de cadáveres y huesos humanos—oyese el ruido del viento, que chilla en las cavidades de los cráneos, y el aleteo de negras aves que saltan de cadáver en cadáver y tiran con sus afilados picos de las corriosas carnes. A lo lejos sollozos y suspiros, en los aires las siniestras risadas de los espíritus del mal. Las alas inmensas de la muerte arrojan á agitarse, aires impuros y contagiosos. La peste se pasea regocijada dejando caer al suelo gotas de sudor ponzoñoso. Bajo de tierra retumba un bramido, como el de muchas aguas en furor. . .

Por otra parte descúbrese un salon iluminado: en él muchos hombres en espléndido banquete. El ruido de las copas se mezcla á las canciones de impureza. Un hombre de vestidito talar entona un himno sagrado, y aquellos hombres sacrilegos responden en coros de impiedad. Las hijas del emperador, sirven aque-lla cena de escándalo, y sufren sollozando los brutales insultos de los mas audaces. . . .

El monarca no soporta mas—cae como peñon que se desprende de una montaña.

Se abren sus ojos, y giran. . . . Está en su trono sentado, rodeado de muchos hombres cercado, que se confunden le miran. Uno de ellos se adelanta, y se postra ante su planta.



y con una voz que espanta  
temblando comienza á hablar.  
— „En castillos colosales  
uños seres inmortales,

sobre estraños animales,  
lanzó á nuestra costa el mar". . . . .

## GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

### DON SEBASTIAN DE TOLEDO,

Marqués de Mendoza. Vigésimoquinto virey de la Nueva-España. Desde 1664 hasta 1673.



1664.--1665.

OCO tiempo como hemos visto residió el cargo vireinal en D. Diego Osorio que lo dejó al marqués de Mancera luego á su entrada en México el 15 de Octubre de 664. La Nueva-España disfrutaba de una completa paz, que si era turbada, apenas se resentía la capital y las provincias inmediatas de los débitos trastornos que algunos accidentes causaban en las regiones mas distantes. La Florida y el Canadá, eran y habian sido hacia ya mucho tiempo el teatro de la guerra. Habíase apoderado de la Isla de Sta. Catalina, un pirata inglés llamado Juan Morgan, y tenia amedrentados á los habitantes de los países vecinos: en la Virginia se hallaba establecida una compañía de mercaderes á la cual pidió viveres y auxilios Morgan; mas un acontecimiento imprevisto vino á privarle del socorro que esperaba. Es el caso, que el Canadá, propiedad de una empresa tambien de mercaderes, determinó Luis XIV soberano reinante en Francia, ponerlo á las órdenes inmediatas de un gobernador, y confió este cargo al marqués de Traci, hombre activo que inmediatamente se puso en camino, y en cuanto llegó dispuso sus tropas y

marchó con ellas á poner en total seguridad los lugares inmediatos. No habia transcurrido un año cuando desembarcó en las costas de la Florida en el de 1665, el corsario inglés Desvis que hallando aquello indefenso lo saqueó cometiendo todo género de violencias.

Por esta época aconteció una famosa erupcion del Popocatepetl que puso en gran conflicto á los mexicanos, como que por el espacio de cuatro dias estuvo vomitando piedras: entonces fué cuando reventó.

1666.—1667.—En el transcurso del año entero de 665 y en parte del 66, el marqués de Traci hizo sentir á los iroqueses la fuerza de su poder y los felices resultados de sus sabias y bien combinadas disposiciones en el arte de la guerra. Hízoselas fuerte, y cansados y perseguidos en fin, sin esperanza de obtener victoria ni de conservar su libertad salvaje, reunidos con todas las naciones errantes, solicitaron la paz por medio de unos enviados que fueron muy bien recibidos y tratados con buena distincion por el gobernador del Canadá marqués de Traci. Estos son los acontecimientos mas importantes de la América que en estos años llamaron la aten-



D. SEBASTIAN DE TOLEDO  
20 Virey de la Nueva España

cion y en los cuales se cuenta el viage del Japon hecho por el ingles Zacarias Ghillan que emprendió salir de la Virginia atravesando por el estrecho de Hudson y llegó á la Bahía de Bamini; en seguida se dirigió al Sur llegando hasta el río del Príncipe Roberto,

A principios tambien de 666 llegó á México una real cédula de la reina que participaba haber muerto Felipe IV el 15 de Septiembre de 65 y recaido en ella el gobierno durante la menor edad de Carlos II prevenia ademas que se publicasen los lutos. Hizose en efecto cuanto se mandaba y se ejecutó la real orden con la pompa y ceremonia de costumbre.

Pasado poco tiempo, contestando de entrada la reina gobernadora á la comunicacion del conde de Baños acerca de la expedicion de California de Bernardo Bernal Piñaredo, ordena que se le haga llevar adelante cumpliendo con el empeño que habia contraido con el gobierno. La expedicion marchó á consecuencia y volvió sin ningun resultado, otro tanto sucedió á otra que salió tambien en 67 mandada por el capitan Francisco Lucenilla.

1668.—1669. La irreparable pérdida de la Jamaica que evidentemente traía á los españoles males de consideracion y con especialidad al comercio de las colonias, singularmente de la Nueva-España, no hizo resentir mucho sus efectos hasta 666; entonces plagados de corsarios los puertos era inútil contra ellos cualquiera medida que se tomase pues que todas las hacian ineficaces. La armada que en Barlovento puso el marqués de Cadereita, no podia servir, cuando los corsarios en buques pequeños huían con facilidad de sus tiros se ocultaban en un islote, y siempre se escapaban de su vista. La guerra que por algunos años habia turbado la tranquilidad de la Europa, se acababa de terminar con una paz general, cuyos tratados fueron ratificados por los soberanos; la Nueva Escocia que habian llamado los ingleses, debía volver á Luis XIV de Francia quitándole su nombre, y todo en fin cesaba quitados los motivos de disturbio. En este estado pues de la Europa los reyes volvian sus ambiciosas miradas á la América que no podian ver sin envidia en poder del rey de España.

Como quiera que para poder comerciar, necesitasen los corsarios de los españoles, traficaban en efecto con ellos, á pesar de la estre-

ma vigilancia de las autoridades que trabajaban en vano por impedir el contrabando que se estendió rápida é insensiblemente. Esperimentose con esta ocasion la mejor buena fé por parte de los contrabandistas que recibian al fiado las mercaderias en comercio ilícito y en cuantiosas sumas que pagaban en sus plazas con una rigurosa escrupulosidad.

1670.—Veíase pues en el estremo del abatimiento el comercio de la Nueva España y mas aun los derechos del erario. No quedaba á la Corona de Castilla otro medio para evitar tamaños males que convenirse, como lo hizo, celebrando un solemne tratado con el rey Carlos II de Inglaterra, en el cual se comprometia cada alta parte contratante á impedir á sus respectivos nacionales que comerciasen en sus colonias. A pesar del tratado el gobernador Linch de Jamaica continuaba armando corsarios y dándoles patente, y el rey le mandó relevar substituyéndole el Lord Waghham. Este hombre integro llegó á la isla dando luego orden de recoger las patentes y declarando que los que continuaran serian considerados como piratas y de consiguiente condenados á muerte. No por eso se abstuvieron algunos que juzgaron que aquello no era mas que una medida para hacer ver á la España que le daba cumplimiento á la fé de los tratados, pero que Waghham no estaba resuelto á llevarla á cabo. Dejó pues el gobernador obrar á los corsarios, y cuando regresaron á la isla mandó ahorcarlos, lo cual puso temor á los demás y los contuvo.

La larga y prolongada guerra que por tanto tiempo hacian los tarahumares al fin la terminó este año el capitan Nicolas Barraza á quien denunció una india el lugar en que podría sorprenderlos como lo hizo cerrándoles el paso en su cuartel donde se hallaban en número de trescientos.

La acreditada honradez del Marqués de Mancera y su buen comportamiento en el gobierno le merecieron que se prolongase la duracion por otros tres años.

1671.—1672.—1673.—El decidido empeño que habia tomado el religioso franciscano á quien se encargó la obra del desagüe por su recomposicion le grangeó el aprecio de la corte, pues que agradecida se lo mandó hacer así presente por medio del virey. Las aguas en estos años escasearon en demasia y por consiguiente los viveres: de aquí resultaron la

hambre y la miseria; empeñáronse por estinguirlas el marqués y el ayuntamiento, hicieron al efecto grandes esfuerzos haciendo traer á México de todas las provincias maíz, y así lograron que cesara la carestía. Esta era la situación de la Nueva España, nada había notable en la política á tiempo que comenzaba el gobierno de Carlos el hechizado, aunque en realidad aun no lo resumía por su edad me-

nor. Vino la época en que fuese relevado el marqués de Mancera quien marchó para España dejando en Tepeaca á su muger Doña Leonor Carreto que falleció en aquel lugar en donde se le hicieron muy suntuosos funerales sepultando allí mismo su cadáver.

*Cárlos M. Saucedra.*

## DISCURSO HISTÓRICO

sobre el origen, progresos y decadencia del Feudalismo, pronunciado en la cátedra de humanidades del colegio de San Juan de Letran, por Mariano Esteva y Ulibarri.

### SEÑORES.



AY hechos en las naciones que por las causas que los motivan, por la influencia que ejercen en la sociedad de su tiempo, por sus resultados más ó menos grandes; forman época y marcan, por decirlo así, la línea de división que separa los principales periodos de la historia. El detenido exámen de estos hechos, de sus causas y resultados, es sin duda alguna de la mayor y más alta importancia; y pesar sus consecuencias, y la mayor ó menor influencia que hayan tenido en los tiempos posteriores, es interesantísimo al legislador y al filósofo, al historiador y al literato. Casi á ninguna otra cosa son más aplicables las anteriores reflexiones que al feudalismo, institución nacida de una revolución inmensa, y que después de haber reinado en Europa por más de dos siglos, murió en brazos de otra revolución, terminando con su nacimiento la barbarie y comenzando en su caída la era de civilización, que había ya preparado. Su origen y motivos, su naturaleza y la influencia que ejerció en su tiempo y

en los posteriores, y las principales causas de su decadencia y extinción; son tres objetos dignos de examinarse separadamente, y para cada uno de los cuales sería necesario un discurso: obligado á comprenderlos todos en este, los consideraré sin embargo, aunque rápidamente con la separación debida.

Roma, la señora del mundo, valiente laboriosa y parca en los tiempos de la república; no era, dominada por los emperadores, sino una ligera sombra de lo que había sido. El lujo oriental y la mollicie habían convertido en débiles mujeres á los vencedores de Grecia; y el deleite había sofocado en los corazones romanos la virtud y el valor de otros tiempos. A las legiones que llevaban consigo la victoria habían sucedido tropas vendidas y muchas veces traidoras, porque el peso de una coraza superaba las fuerzas de un romano. Grandes impuestos oprimían al pueblo, destinados á contentar los caprichos y satisfacer las necesidades de ostentación y placer que se habían creado los emperadores, y la india, en cambio de telas y perfumes, devoraba como un abismo sin fon-

do el oro romano. Las mas veces el príncipe, agoviado con un peso que no podían sobrellevar sus hombros, dejaba el poder en manos de ministros corrompidos é imbéciles: una corte prostituida le cercaba, y miraba á sus pies un pueblo degradado y miserable. Tales principios de disolución minaban el imperio, y hubieran bastado por sí solos para derribar el coloso; pero un suceso de alta importancia y de las mas funestas consecuencias para el vacilante imperio de Occidente, apresuró su caída, que se hubiera efectuado siempre, aunque más tarde.

Los romanos en sus conquistas no habían penetrado en el norte de Europa, y los pueblos que habitaban esta parte, se habían conservado libres, sin doblar el cuello á los que aspiraban al señorío del mundo. Una multitud inmensa de estos pueblos que se han apellidado bárbaros invadió repentinamente las fronteras del imperio, que no supieron conservar sus afinados defensores. Huían ó cedían á los primeros golpes dirigidos por gente vigorosa y lozana, y si algunas ventajas consiguieron, debidas fueron únicamente al recuerdo que conservaban de la antigua disciplina. En pechos degradados y envilecidos ningun imperio tiene el amor de la patria, y veían la desmembración del territorio sin oponer una voluntad firme; más como es siempre sensible la pérdida de lo que una vez se ha adquirido, ocurrió á los emperadores para remediar tamaño mal un proyecto insensato que contribuyó eficazmente á su completa y pronta destrucción,—tomar á sueldo tropas de bárbaros que las mas veces convertían sus armas contra sus propios señores.

Al primer ataque siguió un segundo; á este un tercero, y las incursiones se redoblaban pareciendo cada vez mas fucudo el norte en arrojarse de su seno bandadas inmensas. Cada momento se hacía mas difícil la defensa del moribundo imperio, hasta que al fin en el siglo IV, después de luchar largamente con los enemigos esteriore y con los gérmenes de destrucción que llevaba en su seno, sucumbió siendo presa de los bárbaros y dividiéndose en pequeñas porciones. Aun en este deplorable estado creyeron algunos emperadores que podía repararse de alguna manera el mal, ensayando un sistema que pudiera tal vez llamarse representativo, y que haciendo vislumbrar algunas esperanzas de libertad, produjera mejores efectos de los que había producido el sistema despótico. La es-

peranza de una reacción los halagaba y en 468 dirigieron un rescripto Honorio y Teodosio el jóven al prefecto de la Galia, disponiendo la reunion de una junta anual en la ciudad de Arlés, á la que habían de concurrir diputados de todas las provincias so pena de una multa. El motivo que los emperadores suponían habían tenido para dar su rescripto, fué la necesidad de sistemar las representaciones frequentes hechas al prefecto por las provincias y ciudades. Estas debían concurrir á la junta por medio de sus representantes, y lo dispuesto por los asistentes, incluso el prefecto que presidía, obligaba igualmente á todos, aun á las provincias que hubieran carecido de representación. Entre los meses de Agosto y Setiembre debía reunirse la espresada junta, aunque eran arbitrarios el día de la convocatoria, y los de las sesiones.

Esta esperanza quedó burlada: el espíritu público se había perdido, y las provincias, que veían sin sentimiento la caída de un imperio que les había sido ominoso, despreciaron el rescripto imperial, y no enviaron diputados á Arlés. La reconstrucción del arruinado edificio llegó á ser un sueño, las ciudades no veían otros intereses que los suyos propios, y la idea de las relaciones que ligán á las ciudades para formar provincias y hacer parte de un gran cuerpo, parece que llegó á perderse en aquel tiempo y que fué sustituida por la del individualismo.

En este desencadenamiento de la sociedad, cuando Europa se componía de partes incoherentes, aunque es difícil determinar con precisión la manera con que se repartían las tierras conquistadas, sin embargo una nueva división de las propiedades, promovió nuevos principios y nuevas costumbres, y apareció el sistema feudal. Por grados fué estableciéndose semeiante forma de sociedad, si tal puede llamarsele, y llegó por fin á enseñorearse de Europa de una manera casi uniforme.

La urgente necesidad de defensa que pedían los ataques, no solo de los antiguos habitantes del continente, sino aun los de nuevos aventureros que continuamente llegaban ávidos de matanza y botín, hizo principalmente que se sistemara en Europa el régimen feudal.

Fuendo, que trae evidentemente su origen de la voz latina *fides* fe, puede decirse muy bien un contrato por el que se obligaban los vasallos á prestar á sus señores ciertos servicios como justa paga de las tierras que se les habían

cedido por ellos. Consistían estos servicios principalmente en acompañar á los señores á la guerra, en darles consejo cuando lo pidieran, en guardar sus secretos y velar por su honra. Las leyes romanas, y españolas manifiestan la manera con que se daba en feudo, quienes daban y que cosas, el arreglo introducido en las sucesiones de los feudos y hasta las ceremonias y las formulas. Los reyes, los emperadores, los grandes y hasta los obispos, arzobispos y abades podían dar en feudo, y había un riguroso enlace entre las partes constituyentes de una sociedad feudal; pues los señores que habían recibido sus posesiones de mano del príncipe, podían dar una parte de ellas á otros que eran á un tiempo feudatarios de los primeros y señores feudales respecto de vasallos inferiores que tenían en su dependencia. Estrechos vínculos ligaban á los feudatarios con sus señores hasta llegar al monarca primer señor feudal; pero no tenían los barones esta unión entre sí; y si el sistema era quizá el mejor concebido, y el único adaptable á las circunstancias, para la defensa de los enemigos exteriores, no podía nada contra las divisiones esternas, y antes bien les daba considerable pábulo. Ni podía ser de otra manera. Un barón feudal ejercía en su territorio una autoridad sin límites, y acostumbrado á satisfacer sus caprichos, que por la ignorancia y por la educación guerrera eran demasiado frecuentes, no podía llevar en paciencia las usurpaciones que solían hacerle sus colindantes, ni resistía las tentaciones que solían ocurrirle de tomarse lo ajeno. Tal sistema y tal orden de ideas ponían en perpetua pugna los intereses de los barones, y con demasiada frecuencia, durante el régimen feudal, se empapaban los campos en sangre.

Constituían el contrato para dar una cosa en feudo, por parte del señor, lo que se llamaba *investidura* ó posesión; y por parte del vasallo la fidelidad ó homenaje. La investidura, era de dos maneras, propia ó impropia. Era del primer modo cuando se ponía al vasallo realmente en posesión del feudo, y del segundo cuando sin tradición corporal se daba al vasallo alguna cosa que la significase; por ejemplo un cetro con que se confería la investidura á los eclesiásticos ó un estandarte ó espada con que se confería á los seculares.

La fidelidad ó homenaje se prestaba por el vasallo de rodillas, teniendo las manos entre

las de su señor y jurando que le sería leal, y le daría consejo y le ayudaría en sus empresas, contra cualquiera, excepto contra el príncipe, y entonces el señor, en señal del vínculo que le unía con su vasallo, le daba una sortija que sellaba su pacto. Ministrat defensa y auxilio á los vasallos, y guardar su honra, eran las principales obligaciones del señor.

En una epístola del obispo Filiberto, se encuentran las principales cosas que debían tenerse presentes al rendir el pleito-homenaje y que se reducían á seis; pero la costumbre introdujo una nueva forma comprendida en estas palabras: *Ego Titius juro super hac sancta dei evangelia quod ab hac hora in antea usque ad ultimam diem vitae mee ero fidelis tibi cetero domino meo contra omnem hominem excepti imperatore vel rege*. Esta fórmula solía ampliarse cuando prestaba el juramento algún ignorante.

Respecto de las cosas que se daban en feudo, lo que se observaba ordinariamente era dar los raíces ó equivalentes á raíces, como los derechos y las servidumbres, el usufructo, los tributos y la jurisdicción. Debe darse en feudo *gratis*, sin que tenga el señor mas retribución que los servicios personales del feudatario, sin poderse quitar el feudo sin culpa del vasallo, ni enagenarse por este sin la voluntad del señor.

Los feudos se dividen en multitud de especies, y se distinguen generalmente segun la manera con que se adquieren. Hay feudos propios, impropios, eclesiásticos, seculares, antiguos, nuevos, hereditarios, gentilicios, mistos, masculinos, femeninos, el que se llama en latin *ligium* y otros innumerables. De estos me parecen dignos de explicarse el gentilicio y el *ligium*. El primero era el que se concedía á uno y sus hijos solamente, sin hacer ninguna mención de otros herederos, y en caso de dudar tal debía presumirse cualquier feudo, debiendo suceder los hijos varones de legitimo matrimonio, aunque no fuesen herederos. El llamado *ligium* consistía en la cesion del feudo en cambio del mas amplio homenaje, pues por él el vasallo se obligaba á seguir á su señor absolutamente en cualquier empresa, excepto solo contra el romano pontífice. Podía darse este feudo solamente por el rey, y el vasallo tenia el nombre de *homo ligius*.

En los feudos sucedían generalmente los varones, excepto en casos señalados, como cuando había total falta de ellos, que entraban las

mujeres, y cuando la constitucion del feudo prevenia otra cosa.

Podía adquirirse un feudo no solo por contrato, sino tambien por prescripcion y por sucesion *ab intestato* y se perdía igualmente de varias maneras, ya por culpa del señor, ya por la del feudatario, necesitándose algunas veces para perderlo de sentencia judicial.

Que el establecimiento del feudalismo en Europa es un hecho de influencia colosal en las costumbres de su tiempo, y aun en la civilización de los tiempos modernos, no puede en manera alguna negarse, y facilmente se convencerá de ello quien reflexione en el cambio verificado en la sociedad europea por el establecimiento del régimen feudal. Inmediatamente despues de la invasion de los bárbaros, grandes masas ocupaban la Europa y una anarquía casi completa dominaba los países conquistados: la ninguna seguridad en las propiedades ni en las personas, hizo á los hombres adoptar otro sistema, y se fueron gradualmente aislando, reduciendo su sociedad á un círculo demasiado estrecho, é individualizaron sus intereses cuanto mas pudieron. Las ideas que debieron nacer en la mente de los señores feudales fueron sin duda las del engrandecimiento de su persona y su familia con la que los ligaban vínculos estrechísimos por la separacion casi total en que se encontraban del resto de la sociedad. Este aislamiento y estas ideas no podían menos de contribuir muy eficazmente al desarrollo de todas las virtudes domésticas, é influir aunque indirectamente en la perfeccion social por la perfeccion del individuo. Los placeres domésticos llegaron bajo este sistema á su mas alta estima, y entonces fué cuando tomó su origen el amor y respeto á las mujeres, que ejerció tan visible influencia en las costumbres y que forma uno de los caracteres distintivos de este período. Este respeto, que casi rayaba en idolatría, hizo que fuesen obedecidas las órdenes y aun los caprichos de las mujeres como mandatos: una guinada comprometía un combate y se creía feliz el vencedor si en premio de las mayores privaciones y de sangrientas lides, recibía una banda por mano de una bella.

El yugo que en esta época impusieron las mujeres fué tal vez lo que mas eficazmente contribuyó á la dulzura de las costumbres, que se advirtió en tiempos posteriores y que ha sido el móvil mas directo de la civilización europea.

Algunos en el solo nombre de feudalismo creen ver la imágen del caos y la disolucion completa del edificio social, cuando ni podía en aquella época prevalecer otro sistema, como lo manifiesta su universalidad; y cuando perfeccionando las partes, preparó la perfeccion del todo. Cuanto existía en el siglo X era feudal: las Iglesias, los altares, la administracion de sacramentos, y los derechos; hasta la corona misma participó de esta institucion que dió á la sociedad una nueva forma, que creó principios, y que mudó completamente la faz de Europa.

Para verificar tal mudanza, fué necesario aniquilar del todo la sociedad antigua, y una revolucion tan completa debió sin disputa ser de consecuencias importantísimas. La tendencia de esta revolucion fué regeneradora, y aunque el sistema establecido por ella era considerado en si mismo semi-bárbaro, comparado con el principio de la dominacion de los pueblos del norte, podía tenerse como modelo de civilización.

A pesar de esto, los principios de desunión que había entre los barones, y las continuas guerras de que fué teatro la Europa, y en las que aun los mismos príncipes intervenían, hicieron mas insostenible la opresion en que estaban las ciudades, y prepararon la caída del sistema.

Nada mas natural entre los hombres que el respeto y amor á los lugares en que ha existido un hombre ilustre, que se miran siempre con veneracion y entusiasmo. La peregrinacion á la Palestina se presentaba á los cristianos de estos tiempos al través de un velo de poesia, y era considerada como la obra mas meritoria y mas capaz de servir de espacion á las mayores culpas; y el empeño de hacer viages á la Tierra Santa se aumentó considerablemente por los rumores que corrieron en Europa de la proximidad del fin del mundo.

Durante la dominacion de los Califas, no tenían los cristianos en su peregrinacion mas obstáculos que los indispensables á un largo viaje, pero precisamente cuando las peregrinaciones se hicieron mas numerosas, conquistaron los turcos la Siria, y cayeron sobre los devotos viajeros los mas malos tratamientos, y las dificultades se multiplicaron. Indignada la Europa contra los infieles, no necesitaba sino una mano que le diera impulso, y Pedro el heremitaño, al predicar la primera cruzada, condujo á Si-

ria un ejército inmenso, y conmovió con su predicación á la cristiandad entera.

Por muy largo tiempo se mantuvo la guerra de Palestina, y las relaciones de Europa con Asia, el tránsito de los cruzados por ciudades mas cultas, y el espectáculo del aprecio que las ciencias tenían en el Oriente, hicieron salir á Europa del estado de abyeccion en que estaba. El feudalismo tocaba á su término, y el primer golpe que le fué dado por las cruzadas, lo repitieron mas tarde las ciudades del Continente, adquiriendo cada vez mayores grados de libertad, y tomando en el orden social una posicion digna y decorosa. La risueña Italia

dió el ejemplo, y las ciencias y las artes comenzaron á recobrar su imperio. Las costumbres caballerescas continuaron la obra de civilizacion que habia bosquejado el feudalismo, y una aurora de luz brilló en Europa.

Es imposible acabar en cortos limites el inmenso cuadro que he procurado trazar. Mayor estension y pluma mas diestra se requiere, y si he logrado dar á lo ménos una idea clara, aunque en compendio, de un hecho tan importante en la historia de Europa, serán colmados mis deseos y mi satisfaccion completa.— Dije.

Abril de 1844.

## GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.

### D. PEDRO NUÑO COLON DE PORTUGAL.

Duque de Veraguas, y caballero de la distinguida orden del Toison de Oro. Duodécimo virey de la Nueva-España.



1673.

O obstante que el Sr. D. Lucas Alaman en el Apéndice á su primera disertacion, asienta que la casa de Colon no fué considerada en España hasta Felipe V, que en abril de 1712 le concedió por primera vez la cruz del Toison de oro, y el titulo de duque de Veraguas, mucho ántes que este monarca ocupase el soto de Castilla, se ve ya á los Colonos disfrutando tales distinciones, y considerados de tal manera, que parece, segun los historiadores, que solo por honrar la memoria del gran Cristobal, fué nombrado D. Pedro su descendiente en 1673, virey de México, en el reynado de D. Carlos II, que desempeñaba por su menor edad su reina madre. Ni se infiere otra cosa de las circunstancias de un nombramiento recaido en un hombre de edad tan avanzada, que ni aun el creyó que pudiera hacer el viage; y apenas

en efecto empuñó el baston el 8 de diciembre, lo llevó su decrepitud al sepulcro, al sexto dia de su gobierno, el 13 del mismo mes, sin que dejara á la historia otros hechos que consignar, que los buenos deseos que habia manifestado en orden á su administracion, durante su viage de Veracruz á México, y la pompa de los funerales que le fueron hechos en la capital, donde quedó sepultado hasta pasado algun tiempo, que fueron trasportados sus huesos á España, al sepulcro de su familia. Su muerte fué tan prevista, que con su nombramiento se habia hecho el de su sucesor, y remitido en pliego cerrado á la inquisicion, para que lo abriera tan luego como hubiese fallecido. Hizose así en efecto, y sus funerales fueron presididos ya por el nuevo virey D. Fr. Payo Enriquez de Rivera. Era á la sazón este prelado arzobispo de México, recomendabilísimo por sus virtudes, muy amado de la corte y de su rebaño, que gober-



D. PEDRO NUÑO COLON DE PORTUGAL Y VIREY

26 Virey de Nueva España

nó con sabiduría y rectitud, dejando solo ambos gobiernos, llamado á la presidencia del Consejo de Indias, para retirarse á la vida contemplativa del claustro, donde terminó sus días en los fervores de la penitencia y de la oración.

Eran ya estos los últimos días de la casa de Austria, época de no muy grata memoria para la monarquía española: gobernábala el imbécil Carlos, tan solo para prepararle una guerra sangrienta y asoladora, guerra sostenida únicamente por defender los supuestos derechos de extranjeros monarcas en que había de llevar la ventaja el rey del siglo, y aquellos mismos españoles, vencedores un tiempo de Francisco I, llamarían á gobernarlos á su nieto Felipe d'Anjou, y aquellos mismos españoles tan celosos de su independencia, por la que combatieron tanto con el poder melímico,

que combatirían algun día con todo el poder del gran capitán del siglo XIX, lucharon entonces por colocar en su trono á un monarca francés.

Poco daba á las colonias la variación de dinastía, que ni empeoraba ni hacia mejor su condición, si solo resentían los efectos de la corrupción de la corte, tan distinta en los primeros de los últimos tiempos de la dominación peninsular, pues que en aquellos se escogían para el gobierno personas de probidad, recomendadas por su mérito, que se hacia consistir en la virtud y en el saber; mas en estos, ó bien prevalecia el favoritismo, ó se ponían los empleos en pública sub-asta, desatendiendo así el giro comunal. Cerramos con esto por ahora la galería, que quizá muy pronto continuaremos, segun tendremos cuidado de anunciarlo  
C. M. S.

## LA MUERTE DE LA JOVEN DOÑA ANA IÑIGO.



I.  
LAJERO, ¿á dónde vais? hombre que fatigado de los falsos placeres del mundo, buscáis un reposo sempiterno, alma hermosa, emanación purísima del cielo, que asociada á las penas de una vida miserable, buscáis un asilo. ¿á dónde lo encontrareis? ¿á dónde os lleva la mano irresistible del destino? ¿á dónde se os conduce para arrebataros de las tempestades de la vida, para que identifiquéis esa naturaleza toda de miseria y de debilidad, con la naturaleza celeste de los ángeles, y para que libre de la confusión del mundo, entoneis un cántico de paz al lado del Altísimo? ¿á donde?... á ¡la tumba! á la eternidad! Si, á la tumba, ese misterioso fin de las glorias mundanales, suplicio horrible para el hombre que pasó sus días sin pensar en el porvenir, dulce morada para el hombre que miró la tierra como morada transitoria... sí, allí está la tumba: allí está la muerte con su faz livida, con sus memorias del

mundo, con sus recuerdos de ayer, con sus agonías horribles, inexplicables, con todo el aparato sombrío y sublime con que viste la iglesia de sus pompas funerales la despedida de una alma que alimentó en su seno, y que dejó á esta madre de los últimos consuelos, para remontarse á un mundo en que impera la justicia, y pesa en su balanza de oro los crímenes y las virtudes. Allí está la eternidad! la eternidad! palabra infinita, oscura y sublime, símbolo de la esencia incomprensible de un Dios, guía secreta del alma, que por el sendero del terror y de la esperanza, nos conduce fuera de los peligros de una vida miserable: esplicame tu esencia: dime que es lo que hay del otro lado de la tumba; ¿por qué no nos descubren los muertos nuestros hermanos el último sentimiento que tuvieron en la tierra? ¿ese sentimiento que experimenta el hombre cuando se acerca al fin de su existencia? ¿Por qué en vez de dejarnos nuestros deudos por herencia el dolor y la desesperación, no les fué dado gujar